

Precio 15 cts.

Reproducción

Tomo III, No. 57.—7 de Marzo de 1921

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

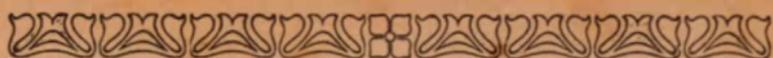
1. Chicago y París
2. En convalecencia
3. Felibrisimo
4. Pacifistas religiosos
5. Errores de farmacéuticos
6. ¿En guerra?
7. No saben nada
8. La ciencia de los negocios
9. Diálogo

Administración y primer lugar de venta: Botica La Dolorosa.

Descuento a los compradores de diez o más ejemplares de una misma fecha: 25 por ciento.

Venta por menor: Librería Torino, Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Trejos Hnos.

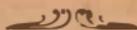


EN PRENSA

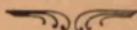
CRONICAS COLONIALES

ESCRÍBELAS

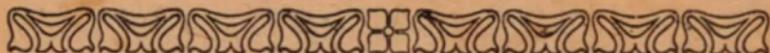
RICARDO FERNANDEZ GUARDIA



CONSTARA DE 23 CRONICAS
RELATIVAS A LA VIDA COLONIAL



- Editores:
TREJOS HERMANOS



REPRODUCCION

Tomo III.—No. 57.—7 de Marzo de 1921

Chicago y París

Sólo, en verdad, el Pensamiento, y su creación suprema, la Ciencia, la Literatura, las Artes, dan grandeza a los pueblos, atrayendo hacia ellos universal reverencia y cariño. Y formando en su seno el tesoro de verdades y de bellezas que el mundo necesita, los hacen sacrosantos ante el mundo.

¿Qué diferencia hay, realmente, entre París y Chicago? Son dos palpitantes y productivas ciudades, en las que los palacios, las instituciones, los parques, las riquezas, se equiparan soberbiamente. ¿Por qué, pues, forma París un foco crepitante de civilización, que irresistiblemente fascina a la humanidad, y por qué Chicago tiene apenas sobre la tierra el valor de un rudo y formidable granero adonde sólo se va a buscar grano y harina? Porque París, además de los palacios, de las instituciones y de las riquezas de que Chicago también justamente se gloria, posee

un grupo especial de hombres—Renan, Pasteur, Taine, Berthelot, Coppée, Bonnat, Falguières, Gounod, Massenet—que por la incesante producción de su cerebro convierten la ciudad que habitan en un centro soberano de enseñanza. Si los «Orígenes del Cristianismo», el «Fausto», los cuadros de Bonnat, los mármoles de Falguières, nos viniesen de más allá de los mares, de la nueva y monumental Chicago, hacia Chicago y no hacia París se volverían como las plantas hacia el sol, los espíritus y corazones de la tierra.

EÇA DE QUEIROZ



En convalecencia

Fragmento de un discurso de M. Schneider, presidente de la Misión Económica francesa enviada a los Estados Unidos diez meses después del armisticio.

Cuando en noviembre último se firmó el armisticio, todos los países semejaban, en mayor o menor grado, a esos enfermos que, cuando les desaparece la fiebre, se creen curados y se levantan. Su debilidad les advierte que en-

tre la enfermedad y la salud existe la convalecencia, y aprenden a su costa que ésta no es menos difícil de vencer que la enfermedad.

Ahora es cuando podemos apreciar toda la extensión de los destrozos causados por esta horrible enfermedad que se llama guerra. ¡Destrozos físicos, destrozos morales!

Los destrozos físicos son fáciles de apreciar.

¡Contad las cruces de madera en los cementerios, las gentes de luto en las calles! ¡Paseaos desde Dunquerque a Belfort! ¡Contad los pueblos desaparecidos, los bosques talados, las fábricas incendiadas, los campos devastados en Bélgica, en Polonia, en Servia! ¡Contad también los miles de millones que se inscriben en los presupuestos!

Pero cuando hayáis contado todo eso no os percataréis todavía de toda la enormidad de las destrucciones causadas por la voluntad de guerra del pueblo alemán, ni la inmensidad del abismo donde ha arrojado en revuelta confusión a hombres y bienes; porque hay cifras que la imaginación no puede contemplar frente a frente, y que

la anonadan. Tratad de presentaros 10 millones de muertos, 10 millones de cadáveres humanos, alineados en fila desde Nueva York hasta San Francisco.

Tal es, sin embargo, el tributo que el mundo ha pagado a la guerra. Es preciso añadir además los heridos y mutilados y aquellos a quienes la guerra ha debilitado. Hay que considerar que una masa humana de más de 30 millones de seres ha sido directamente afectada por la guerra, la cual los ha aniquilado o quebrantado para siempre.

Cuando se trata de evaluar las pérdidas experimentadas en bienes materiales, se llega también a cifras que producen vértigo. Solamente por lo que respecta a Francia, los daños causados a las viviendas, a la agricultura, a las minas, a las fábricas, a los ferrocarriles, a las carreteras, se elevan a 27.000 millones de dólares; si se añaden a esa cifra los gastos de guerra propiamente dichos y las pensiones a las viudas y a los mutilados, se llega a un total de 71.000 millones de dólares, cifra oficial que ha sido comunicada a la Cámara de Diputados en 9 de setiembre último.

Para el conjunto de las naciones

que tomaron parte en ella, se calcula generalmente que la guerra ha costado 200.000 millones de dólares. ¿Qué imaginación es capaz de concebir esa suma? La guerra franco alemana costó a Francia 2.000 millones de dólares, incluida la indemnización exigida por Alemania. La guerra rusojaponesa costó 1.200 millones de dólares a Rusia, y 1.000 millones de dólares al Japón. La guerra de secesión costó 3.600 millones de dólares. La guerra de 1914-1918 ha costado trece veces más que todas las guerras sumadas que ha habido en el mundo desde 1850.

Por muy formidables que sean, estas cifras no agotan aún la realidad. La guerra ha producido el efecto de disminuir la producción de una determinada cantidad de materias indispensables para la vida. Nadie ignora que el mundo carece de carbón. La guerra ha producido en la extracción normal de carbón, que era de 1.000 millones de toneladas por año, una insuficiencia de 310 millones. Del mismo modo, el mundo padece penuria de algodón, de lino, de lana, de fosfatos y granos oleaginosos, de azúcar, de trigo.

Al principio de la guerra, cada nación era como una gran casa de comercio, en cuyas bodegas y graneros se acumulaban los depósitos formados por las generaciones anteriores, y que constituían el regulador de sus mercados. A la hora presente, esas bodegas y esos graneros se hallan casi vacíos. Durante cuatro años no se ha producido más que para destruir, y los gastos de conservación, de reparación y de renovación se han reducido al mínimo. Las cosas no han tenido más descanso que los hombres, y han sufrido el mismo desgaste implacable. Nunca las necesidades de Europa fueron mayores, ni sus recursos más débiles, ni los medios de difundir el bienestar más precarios. Diez meses después del armisticio, diez meses después de la victoria, nuestros países se encuentran empobrecidos, agotados, aplastados por una deuda enorme. No pueden todavía aplacar su hambre, el régimen de las restricciones no ha desaparecido; el precio de las substancias alimenticias continúa aumentando con mayor rapidez que los salarios, y la preocupación de obtener el pan coti-

diano agobia a la gran mayoría. Para alimentarse, para vestirse, para poner en marcha otra vez las máquinas y dar trabajo a los obreros hay que comprar fuéra. Y como nosotros no podemos vender al extranjero sino en una proporción muy inferior, nuestras compras resultan onerosas, nuestras deudas se agravan, nuestro crédito disminuye. Los acreedores se han convertido hoy en deudores.

El oro se ha hecho invisible en nuestro país; una cantidad considerable de papel circula en su lugar, y representa entre cinco y ocho veces su valor.

El reparto de la riqueza en todo el orbe, la Economía general del mundo, la Economía particular de cada Estado, el valor del dinero, la naturaleza de los cambios, las condiciones del trabajo, todo ello está trastornado. El surgimiento brusco de la paz no ha podido tan siquiera detener a nuestros países en la carrera vertiginosa a que les había precipitado la guerra.

Los destrozos morales que ha producido no son menos graves, si bien sean de naturaleza más delicada para percibirlos y para definirlos.

La guerra era como un imán prodigioso que orientaba, por decirlo así, toda la actividad del individuo. No había solución de continuidad en las horas, ni minuto libre para la incertidumbre; cada gesto, cada paso, tenía un sentido, y todos tendían hacia la guerra.

Bruscamente faltó ese impulso único; el primer sentimiento fué una sensación de alivio extraordinario; la alegría colmaba todos los corazones. Parecía que la naturaleza humana no estuviera hecha para recibir y para soportar emociones tan intensas.

La creencia general, al salir bruscamente a la superficie, como un flotador separado del peso que le mantuviera en el fondo del mar, fué que todo iba ya a cambiar instantánea y radicalmente, por un milagro inexplicable y necesario.

La palabra victoria, tanto tiempo invocada en las oraciones íntimas que hacían hasta los incrédulos, había tomado poco a poco una virtud mágica y todopoderosa. Se le atribuía el poder de desgarrar las tinieblas y de hacer la luz. Se salía del infierno, y en

lo sucesivo se quería entrar de lleno en el paraíso.

La guerra, que con su mano de hierro había excitado el celo de todos, había aplazado las discordias, contenido las impaciencias, subyugado los cuerpos y las almas; la guerra, al desaparecer de pronto, produjo la revolución de los apetitos y de las exigencias, la revancha de los intereses, el desencadenamiento de todas las pasiones que hasta entonces se habían encauzado para ponerlas al servicio de un fin superior.

Ese estado de espíritu que surgía en medio de una situación económica tan precaria; esa locura, al apoderarse de un organismo tan debilitado, no podía menos de producir mil dificultades.

Primeramente, y es, sin duda, la reacción más natural, por la suspensión del esfuerzo, los nervios, los músculos, demasiado tiempo en tensión, se relajaron. Una ola de pereza pasó silenciosa sobre los pueblos. La clase obrera, invocando los sufrimientos que había soportado valientemente, pidió la reducción de las horas de trabajo. En vano los economistas demostraron que

el único medio de remediar el déficit general era trabajar y producir más. No se quiso aparentar desconocer los méritos de la clase obrera ni su derecho al mejoramiento de su existencia, y se le dió satisfacción. Los obreros, por otra parte, prometían trabajar tanto en ocho horas como antes en diez. En la realidad, la disminución de las horas de trabajo ha ido acompañada generalmente de una disminución equivalente en el ardor con que se trabaja.

Después vino a desarrollarse la superstición del Estado, la creencia en su poder absoluto, en su providencia inagotable; la costumbre de recurrir a él para resolver todos los problemas. El Estado durante la guerra había sido el dictador y el patrono único. Acudía a todo. Distribuía socorros; pagaba salarios elevados, su riqueza y su generosidad no tenían límites. Nadie tenía de qué quejarse. Nadie pensaba en resistirse a él. Parecía que no había más que continuar el sistema para resolver todas las dificultades y que llegasen los tiempos anunciados por Carlos Marx. De este modo, la socialización y la nacionalización alcanzaron la ca-

tegoría de remedios supremos con los cuales se curarían todas las enfermedades. Nacionalizados los caminos de hierro, las minas, la flota mercante, las fuerzas hidráulicas, traerían la abundancia y llenarían los desniveles de los presupuestos. Y las masas empezaron a reclamar la transformación social, cada vez con mayores apremios, a medida que sus dolencias se prolongaban.

Sin embargo, la carestía de la vida aumenta de día en día. Este fenómeno tiene como causa indudable la disminución de los productos alimenticios, la depreciación de la moneda y las dificultades de los transportes. Pero la disminución del trabajo, el aumento de los salarios, y sobre todo el aumento de los apetitos, apetitos de los consumidores, apetitos de lucro de los comerciantes y de los traficantes, tienen también una parte en las causas de este fenómeno. De todos modos, la crisis de la carestía de la vida es la que mantiene el descontento y la que constituye el principal obstáculo para disfrutar de los beneficios de la paz.

Hay que notar, por último, que al

salir de la guerra los hombres se han hecho más impacientes y más violentos. Quieren la satisfacción inmediata de sus deseos máximos. Acogen con gusto las sugerencias de los agitadores y de los extremistas. El mundo se ha deshecho en cinco años, y pretenden rehacerlo en un día, sin tener en cuenta el pasado ni las circunstancias presentes. La multiplicación de las huelgas no es la consecuencia menos evidente de este estado de ánimo. Jamás las huelgas fueron tan numerosas y tan brutales. Nunca, sin embargo, los esfuerzos de conciliación fueron más asiduos. Jamás tampoco la interrupción del trabajo ha sido más funesta al interés general.

Hay que reconocer que la prudencia está en peligro de desaparecer del mundo, y sería caso de recordar, a través de los siglos, la fábula de Menius Agrippa sobre los órganos que se sublevaron contra el estómago. Pero ¿cómo extrañarse, por otra parte, de que en medio del desbarajuste universal el espíritu humano haya sido tocado de vértigo? Se ha dado a la enfermedad que padece un nombre

nuevo: bolcheviquismo. Todos sabemos lo que esta palabra significa. Y si en algunos momentos y en determinados países pudo mantenerse la ilusión de que del bolcheviquismo podría salir un régimen estable y próspero, vemos hoy a Rusia agonizar entre sus manos. Nada más trágico que las convulsiones de este cuerpo inmenso, entregado a una locura sombría e ingenua. Cuando se piensa en los sacrificios que el pueblo ruso ha hecho por la causa común, no podemos menos de sentir una gran conmiseración hacia él.

Pero importa saber también que el bolcheviquismo es una peste social, cuyo contagio hay que evitar.

El bolcheviquismo es directa o indirectamente peligroso.

Directamente, porque sus jefes trabajan metódicamente en su propaganda. Su propósito cotidiano es dominar el mundo todo, e incendiar la revolución universal, tanto con el fin de realizar un programateórico, como porque el bolcheviquismo no podría sostenerse si no se extiende a nuevos países. Por ello, Lenin envía por todo el mundo a muchos agentes provistos de medios poderosos.

No es tomar las cosas por lo trágico el afirmar aquí que a la hora presente existe un complot bolcheviquista que alcanza a todo el mundo.

Indirectamente, el bolcheviquismo no es menos peligroso. Dirigido por algunos espíritus utópicos pero que no carecen de vigor, da caracteres de doctrina a lo que no es generalmente otra cosa que el despertar del eterno instinto de anarquía, al que presta una apariencia de dignidad y de ideal, acabando así de perturbar los cerebros débiles. Está demasiado cerca de nosotros para que su ejemplo pueda constituir una fuerza de atracción y de imitación; pero está lo suficientemente alejado para que los efectos de esa espantosa dictadura queden envueltos en la penumbra. La perturbación física y moral que sucedió al armisticio ha sido singularmente favorable a la acción de esa plaga, y por eso pudo contagiarse a Alemania, a Austria, a Hungría, al resto de Europa, y luego extenderse por todo el mundo.

Porque no debe creerse que las dificultades que estamos describiendo sean patrimonio exclusivo de Europa o

de determinados Estados de Europa; porque, en grados distintos, son comunes a todo el universo. No han perdonado a los neutrales tampoco. La penuria, la carestía de la vida, las huelgas, la agitación social, se dan también en Suecia o en Suiza. Ningún país puede vanagloriarse hoy de no tener en su seno los microbios del bolcheviquismo. Basta leer un periódico. Basta abrir los ojos. Un día en Berlín, otro en Milán, hoy en Liverpool, mañana en Boston, surgen accesos súbitos de fiebre, que no pueden explicarse sino por aquella razón; y, si no tuviésemos esos ejemplos a la vista, la historia nos recordaría que las revoluciones fueron siempre contagiosas. En suma: que los que esperaban de la paz y de la victoria el advenimiento de una Era idílica, han quedado cruelmente defraudados.

Los que pensaban que una vez vencido el enemigo, todo lo demás sería fácil, se percatan hoy de que les aguarda una nueva tarea, tan larga y más dura que la de la guerra. Porque la guerra no había que explicarla; todos comprendían su idioma, escrito en le-

tras de sangre. La tarea presente aparece menos clara y de una manera menos imperiosa. Nosotros la hemos definido con esta frase: «Organización de la convalecencia del mundo.»

Felibrisimo

Al culto del *felibrisimo* está íntimamente unido el de la descentralización administrativa, el de los fueros municipales y las libertades provinciales, hasta el punto de que en Francia se ha acusado a la antigua Provenza, cuna de los Felibres y de los Juegos Florales, de querer separarse de la madre patria y aun de aspirar a la fundación de un imperio Greco-latino, *El Imperio del Sol*, con capital en Marsella.

Mistral, el padre portentoso de *Mireya*, maestro de trovadores y espejo de patriotas, desmiente esos desvaríos de separatismo.

Preguntado un día por Alberto Monniot qué significaban las asociaciones literarias y provenzales de los Felibres, contestó enfáticamente:

«El *felibrisimo*, hay que repetirlo, no es literario ni provenzal.

«Ser Felibre, es, simplemente, reivindicar para sí, para su familia, para su ciudad y para su provincia la mayor suma de libertad compatible con la libertad de los otros.»

«Es abogar por un regionalismo expansivo, que permita al individuo moverse sin tropiezos dentro de una esfera muy amplia y agitarse a su sabor en el ambiente que le convenga, de modo que pueda alcanzar su pleno desarrollo y dar la mayor suma posible de esfuerzos físicos y mentales. Aplicad estos principios de libertad a la familia fundada por el individuo, a la ciudad y a la provincia, y se habrá aumentado singularmente la parte contributiva de cada uno a la grandeza de la patria».

Estas actividades municipales en que el cantor de Provenza condensaba las mejores aspiraciones del ideal felibre, serían un medio seguro para sacudir la abulia tropical que aqueja nuestros organismos, la inercia en el pensar y el hacer, que malogra tantas facultades excelentes de nuestro pueblo.

COLOMBIA

Los pacifistas religiosos

Al par que las doctrinas luteranas, favorabilísimas para los príncipes, que encontraban en ellas un inagotable filón de riquezas e influencia, cundió el calvinismo igualitario, convertido luégo en instrumento republicano.

Rama desprendida de esta secta fué la de los *Cuáqueros*, que tuvo su origen en Inglaterra, y a los cuales debemos colocar en la categoría de los *hombres de paz*, prescindiendo de sus ideas confesionales.

La denominación de *cuáqueros* es burlesca y significa *tembladores*, por caer muchos de ellos en éxtasis y aun ser acometidos de convulsiones al sentirse inspirados por el Espíritu divino; su verdadero nombre es el de *amigos*, y así se llaman entre sí. Obedientes a los mandamientos de la ley de Dios, sin distingos ni interpretaciones, sino al riguroso pie de la letra, se niegan en redondo a jurar jamás, ni aun en justicia, por haber prohibido Dios el juramento.

El Decálogo ordena: *No matarás*, y el cuáquero se niega a ser soldado o a empuñar un arma, para no derramar

sangre, y así lo ha cumplido siempre, incluso en esta guerra, en que por su resuelta obstinación en no tocar ni un fusil, ha sido preciso destinarlo a enfermero y otras funciones de no combatientes.

Y esto es lo que, en las presentes circunstancias, constituye la característica de los *cuáqueros*, lógicos inexorables y cuyas exageraciones resultan harto disculpables. Porque aferrados a la interpretación estricta de los divinos preceptos, no quieren pagar diezmos, puesto que la Biblia no habla de ellos; no quieren tomar parte en juegos y bailes o asistir a óperas y comedias, ni a conciertos y espectáculo alguno, pues el Apóstol dejó ordenado que todo debía hacerse para mayor gloria de Dios; prescinden de llevar botones en sus vestidos, siempre toscos, por no incurrir en el pecado de usar vanos adornos, y tuttean a todo el mundo, incluso a los reyes, por ser el tratamiento de *vos* contrario a la sinceridad; y ya llevados de ese radicalismo moral, abominan de los filósofos y desprecian la razón, «ese arte de volver obscuro lo que está claro, que forma escépticos y no fieles».

El cuaquerismo fué transportado a

la América del Norte, en 1676, por el londinense Guillermo Penn, fundador del actual Estado de Pensilvania, en el cual se estableció para dar asilo a todas las sectas religiosas, sin distinción; tolerancia, juntamente con la edificación de Filadelfia, que le ha granjeado el renombre de que goza.

Hubo también en Alemania sus *pacifistas* o sea los llamados *Hermanos Moravos* (*Herrnhuter*), descendientes de los herejes que habían defendido las doctrinas de Juan Huss. Fundóse esta asociación en 1457, es decir, ya de mucho antes de la Reforma luterana, y, dejando aparte sus errores religiosos, caracterízase también por su horror a toda violencia.

Igual hubieran debido hacer los *Pietistas*, otra secta alemana aparecida a fines del siglo XVII, que se intitulaban: *Los Apacibles del país* (*Stillen in Lande*); pero aunque sostenían que debía imitarse en todo la vida de Nuestro Señor Jesucristo, contentábanse, *en odio al mundo*, con no bailar, ni jugar, ni ir al teatro, ni leer las obras de los clásicos paganos, en vez de lo cual se reunían para cantar, rezar y predicar. Esta secta, subsistente aún, no tiene inconveniente

en guerrear a pesar de su *apacibilidad*, habiendo pertenecido a ella, según parece, el propio emperador Guillermo I de Alemania, de la casa de Hohenzollern.

ALFREDO OPISSO

(*Hojas Selectas*)

Errores de los farmacéuticos

Trozos de *El Mensajero*
de Johnson y Johnson.

Hemos llegado a una de las causas más importantes de las equivocaciones, o sea a la mala escritura de la prescripción. Y con el título de este párrafo quedan comprendidas la mala escritura de los ingredientes y de sus dosis, la dirección para su uso y las exageradas abreviaciones para expresar todo ello, suprimiendo importantes terminaciones químicas, y usando diversos sistemas de pesos y medidas en la misma prescripción. Tales prescripciones, por las molestias que acarrear, ponen en una constante vacilación al farmacéutico. Acontece que una vez recibida una prescripción de esta clase, y siendo de urgencia despacharla, hay imposibilidad para ponerse en comu-

nicación con el médico, lo cual coloca al farmacéutico en un predicamento especialísimo y muy desagradable. Y hacemos esta pregunta: ¿por qué el médico escribe una prescripción de manera tal que forzosamente puede inducir a una mala interpretación, con posible perjuicio para el paciente? Diríase que lo que el médico escribe en estos casos es más bien un rompecabezas. Esto parece demostrar que el médico irrespetea su propia profesión o la del farmacéutico; que es persona descuidada o que mira con indiferencia la salud de sus pacientes, o bien que desea impresionar de modo especial a las gentes o al farmacéutico con una supuesta superioridad, o hacerse conocer como un médico demasiado ocupado, o ¿qué otra cosa puede pretender? A cada uno de los médicos que tienen el hábito de escribir de una manera ilegible y descuidada, no les queda otro camino que el de explicar de manera terminante sus expresiones, o declararse culpables y excusarse de sus errores, corrigiéndolos. Para evitar al farmacéutico equivocaciones de este origen, se requiere la cooperación del

médico. Y tenemos la convicción íntima de que si este asunto se presenta de modo conveniente ante el profesorado médico, este cuerpo respetable habrá de responder con toda complacencia prestándose a servir con propósito decisivo—no a formar obstáculo,—a fin de que el farmacéutico pueda cumplir con sus deberes. Una prescripción legible no requiere que sea necesario el arte de la caligrafía, pero sí constantemente una escritura clara y distinta y el uso de palabras no abreviadas.

*
* *

Cuando el farmacéutico, como cualquiera otra persona, se halla bajo una alta tensión nerviosa, debida a la multiplicidad de los negocios o a penalidades domésticas, o bajo la presión de fuertes emociones como la cólera, el odio, la envidia, los celos, el miedo, el terror, o bajo la impresión causada por las noticias o la presencia de un terrible desastre o calamidad, el pensamiento no puede entonces concentrarse en los negocios. Y si tal se hiciese en semejantes condiciones, de ello resultarían errores análogos a los del

grupo precedente,⁽¹⁾ pero aún más perjudiciales para el paciente. Siendo la consecuencia de emociones profundas, estas equivocaciones se llaman inconscientes. El término "inevitable" generalmente es aplicado a ellas, a pesar de que tienen una explicación psicológica y que pueden conjurarse si se observan las instrucciones que damos en seguida: *No se haga trabajo alguno de importancia que requiera atención mental sostenida, al hallarse bajo el dominio de tales emociones; pero si obligantes circunstancias lo exigieren, entonces su revisión o confrontación se hace imperativa.*

(1) El de los errores «por anticipado engaño del trabajo del pensamiento», de que trata el Autor en otro capítulo, y a los cuales están más expuestos los farmacéuticos más ilustrados.

E. J. R.

¿En guerra?

Sin preparación de ningún género, de la noche a la mañana, nos encontramos los costarricenses en guerra abierta con los panameños, según se me asegura en el momento de enviar a la imprenta el material de este cuaderno. PANAMÁ y PODREDUMBRE son dos términos que en todo el orbe evocan una misma idea

desde hace un tercio de siglo. La justicia, toda la justicia está de nuestra parte; pero, por lo mismo, me pregunto: ¿Era absolutamente inevitable la ruptura de la paz? Hago la pregunta sin aguardar respuesta en estos días. Rotas las hostilidades, el camino es ya uno solo: defendernos como bravos. Y agregó: sin ilusiones. Bien presentes tenemos los sucesos últimos de Europa. Bien sabemos cómo la intervención fatídica de Wilson trocó en pérdida la victoria de los Aliados, exceptuada tal vez Inglaterra, que supo salvarse a tiempo. Bien conocemos la amargura de cuantos—más allá del Atlántico—empuñaron sinceramente las armas en defensa del Derecho, como hemos de empuñarlas ahora en Costa Rica.

Cabe, sin embargo, una débil esperanza. El día cuatro de este mes cambiará el gobierno de los Estados Unidos, de quien depende el de Panamá, y este cambio puede muy bien no serlo simplemente de personas sino también de prácticas y doctrinas.

*

En la sociedad de los individuos y en la de las naciones, «más vale mal

ajuste que buen pleito» y «no hay guerra en que no se acabe por donde habríase debido comenzar». Hoy, todavía peor: no hay guerra en que no se arruinen por igual los principales adversarios. ¡Qué tremenda responsabilidad, pues, la de quienes lanzan a un pueblo a la matanza sin haber agotado antes todos los recursos posibles de pacífico arreglo!

*

Todo hombre, todo pueblo, necesita arrimarse en alguna forma a otro más fuerte. Así se mantiene la familia, así se mantiene la empresa industrial, así se mantienen la ciudad, la patria, la sociedad de las patrias. El buen juicio de cada uno se revela en la elección del árbol a cuya sombra ha de cobijarse.

La desventura de Costa Rica—su desvanecimiento etnográfico—, culpa será de quienes, obligados a escoger entre Inglaterra y Estados Unidos, han optado por los últimos. ¿Hay alguien que de veras no vea la diferencia entre Nicaragua y Portugal, por ejemplo, o entre Santo Domingo y Jamaica?

E. J. R.

1.º de marzo de 1921.

"No saben nada"

PERSONAJES: EL PADRE, 45 años.—LA MADRE, 40 años.—EL HIJO, 15 años.—LA HIJA, 12 años.—UNA CRIADA.

(El padre se dispone a salir a la calle; la madre y la hija cosen; el hijo lee un libro).

El padre. (Suspirando con resignada filosofía).—¡Ay, estos pantalones, qué rodilleras tienen tan escandalosas!

La madre.—Pues no será por falta de plancharlos.

La hija. (Con admiración).—¡El señor del primero sí que los lleva siempre con una raya que da gusto!

La madre. (Ya un poco alterada).—Pues te aseguro que no se los planchan a él mejor que plancho yo los de tu padre.

El padre.—No consiste en la plancha, consiste en la tela. El señor del primero es lo bastante rico para gastar pantalones de tejido inglés.

El hijo. (Interrumpiéndole con viveza).—¿Y por qué no fabrican en España tela de pantalones que no haga rodilleras?

El padre. (Ingenuamente).—¡Hijo, porque no saben!

La madre.—No sé qué regalo mandarle al médico.

El padre.—Sus caponcitos, como todos los años. Ya sabes que le gustan las aves bien cebadas.

La madre.—¡Ya lo has dicho tú. . . . capones bien cebados! Este año con la guerra, no vienen de Bayona, porque dicen que Bayona es Francia.

El padre.—Mándasclos de España.

La madre.—Hijo, vergüenza da decirlo, pero los de España parecen esqueletos.

La hija.—¿Y por qué no los ceban como en Francia?

La madre. (Con mal humor).—Hija, porque no saben.

La criada. (Entrando).—Señorita, ahí está la mujer que trae los huevos.

La madre. (Dando dinero a la criada).—Tóma, págalos.

La criada.—Dice que hoy son dos pesetas más el ciento, que han subido otra vez. . . .

La madre. (Indignada).—¡Otra vez!

La criada.—Dice que es por la guerra, señorita; que andan muy escasos, porque otros años los traían de Portugal, y este año los de Portugal se los

llevan a Inglaterra, y como las gallinas de aquí no ponen en invierno....

La madre. (Malhumorada).—¿Y las de Portugal sí?

La criada.—Dice que sí, señora, señorita.

La madre. (Levantándose).—Allá voy. Pues señor, a este paso hasta la tortilla de patatas va ser plato de lujo. (Sale).

La hija.—Papá, ¿por qué en invierno ponen las gallinas de Portugal?

El padre.—Porque las obligan a poner, hija.

El hijo.—¿Y por qué no obligan a poner a las de España?

El padre.—Hijo, porque no saben.

La hija. (Acercándose a su padre, misteriosamente).—Papá, te advierto que mamá está muy disgustada contigo.

El padre.—¿Por qué, hija?

La hija.—Porque no le han traído los Reyes Magos su tiesto de azaleas para la sala, y su naranjo enano para la mesa del comedor.

El padre. (Suspirando).—Hija, no es culpa mía ni de los reyes. Gaspar, Melchor, Baltasar y tu padre hemos recorrido en vano todas las tiendas de Madrid. Este año no hay en la villa y

corte flores finas; las azaleas, los naranjos, las orquídeas, los lirios del valle se cultivan en Bélgica, y este año no han venido. . . .

La hija.—Y ¿por qué en España no cultivan las flores finas, si dice la Geografía que en Bélgica hace mucho más frío que aquí?

El padre.—Hija, porque no saben.

La madre. (Volviendo a entrar).— ¡No puedo hacer carrera de la lumbre! Han venido tres veces los fumistas, y no quiere tirar. Dicen que es culpa de la tubería, que está mal instalada desde que la casa que se construyó. . . .

El hijo.—Papá ¿Por qué cuando construyen las casas no hacen las tuberías de los fogones de manera que tiren?

El padre. (Con longanimidad inalterable).—Porque no saben, hijo.

El hijo.— ¡Ay papá, me da rabia oírte responder siempre lo mismo; porque no saben, porque no saben. . . . El que no sabe tiene que aprender. ¿Por qué no les enseñan en la escuela?

El padre.—Hijo, los maestros hacen lo que pueden, pero tampoco saben más. .

El hijo.—Y ¿quién manda en España? ¿Quién consiente que haya en Es-

pañã escuelas que no sirven para enseñar todo lo que se necesita saber? ¿Quién?

El padre.—Pts....tãnta gente....nadie en resumidas cuentas....los Ministros de Instrucción Pùblica.... el Gobierno....

El hijo. (Con curiosidad apasionada).—¿El Gobierno....! ¿Y quiãn hace al Gobierno que sea gobierno?

El padre. (Con cierta solemnidad parlamentaria de hombre que se enorgullece de su calidad de elector).—¿El pueblo que elige libremente a sus representantes, hijo!

El hijo.—¿Y por quẽ no elige representantes que sepan lo que tienen que hacer?

El Padre. (Bajando un poco la cabeza).—¿Hijo, porque no sabe!

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

La Ciencia de los Negocios

Waldo Pondray Warren

No hay hombre a quien no haya ocurrido alguna vez la idea de hacer algo distinto de lo que constituye su

ocupación ordinaria. Quizá ésta no alcanza a suministrarle ingresos suficientes, y así piensa en utilizar alguna parte del tiempo libre, para llevar a cabo otra empresa que le procure una renta adicional o la distracción que no halla en su trabajo ordinario.

Este modo de proceder es juzgado de muy diversas maneras. Patronos hay que prohíben a sus empleados ocupar el tiempo libre en ningún negocio adicional; otros censurarán al empleado recordándole el adagio que dice: «Quien mucho abarca poco aprieta»; y no faltarán en cambio personas interesadas en negocios secundarios que tratarán de convencerle de las ventajas que alcanzaría si tomase parte en ellos.

En realidad, no cabe conceder gran valor filosófico a ninguno de estos argumentos, porque están bastardeados por el interés personal o por la irreflexión.

Materia es ésta en que se corre gran peligro de equivocarse al dar consejos, sean prácticos o teóricos. Muchos hombres han hallado su vocación ensayando diversas ocupaciones en sus horas libres, mientras no pocos se han dejado extraviar por el empeño de trabajar a

un tiempo en asuntos diferentes. Es éste un problema individual que no puede ser resuelto según una regla fija.

*
* *

Las disensiones que a veces surgen en los negocios deberían corregirse siempre tan rápida y completamente como fuese posible. El tiempo que esto requiere y las molestias que proporciona pueden darse por bien empleados. La enemistad propende en todos los casos a crecer y arraigarse; pero cuando no nace de grandes ofensas, es como el fuego, que, en sus comienzos, se extingue con facilidad.

La mayor parte de los rozamientos provienen de una mala inteligencia, no rectificadas a tiempo. En el fondo de toda enemistad se oculta las más de las veces una idea errónea acerca de los sentimientos y propósitos de los demás; así se ha comprobado millares de veces, cuando las personas enemistadas han llegado a entenderse y restablecer su amistad. Al mirar el rostro de un amigo a través de un cristal irregular, se le ve horriblemente desfigurado.

Toda mala inteligencia debería di-

siparse en el momento en que un empleado trata de abandonar su puesto por creerse víctima de una injusticia. Nunca se ha de consentir que deje su cargo a impulsos de un resentimiento inmotivado. Si se pierde la oportunidad de disipar el error con las aclaraciones necesarias, un sentimiento de esa índole puede turbar el corazón del empleado por espacio de muchos años y aun comunicarse a otros, propalándose historias y rumores que perjudican el negocio y desprestigian al supuesto autor de la injusticia. Un breve rato invertido en aclarar bien el asunto, puede, en estos casos, ahorrar gran número de molestias para lo porvenir.



Diálogo

—Abuelo: ya que el peso de los años te enseña a leer en los abismos de la conciencia humana, dime abuelo: ¿la dulce mujer con quien se sueña.....

—Esa mujer es dulce mientras está lejana.

—¿Mientras está lejana?

—No más.

—Pues, dime, abuelo,

Esa mujer entonces.....es todas y es ninguna.....

—Hijo, mira la noche.

—Miro.

—Y ¿qué ves?

—El cielo

y el mar, místico y blanco debajo de la luna.

Pero ¿qué relación ignorada y tranquila encuentra tu experiencia entre el paisaje claro y la sed que mi enfermo corazón aniquila?

—Hijo: mira al espacio, que en el espacio amparo encontrará tu angustia. ¿No ves cómo la lumbre de la luna, piadosa, sobre la mar se tiende? ¿No ves.....?

—Abuelo: veo ;y me da pesadumbre!
;la vieja pesadumbre que nadie me comprende!
Dolor del alma huérfana que se siente tan sola y busca un alma.

—¡Un alma! Pobre hijo.....Tu empeño lo tuve yo también: es como si la ola soñase con llegar al horizonte; sueño de nuestros veinte años cuando la sangre.....

—Abuelo:

¿también buscaste tú la mujer ignorada?

—La buscaba, hijo mio.....la buscaba.....

—¿Y tu anhelo

qué te dejó?

—Tristeza.....tristeza.....

—¿Y luego?

—Nada.....

Pero: mira la noche; mira y oye, hijo mio, oye: la voz recóndita de la vida acostumbra hablarnos desde el fondo misterioso y vacío del paisaje.

—La siento flotar en la penumbra de esta noche. La siento cuando trémulo insisto en dormir en mis noches ardorosas.....Ah!, pero no es la voz de la vida sino la que he previsto. Abuelo, oigo una voz ;pero de la que espero!
—¿Y sabes quién te finge esa voz?

—¿Quién?

—¡La vida!

—¡La vida está en los labios incógnitos que adoro!
—Pobre hijo. ¿No sabes que una fuerza escondida pone amor en la carne como en las minas oro y equilibrio en las aguas? ¿No sabes que el planeta por esa fuerza oculta hace siglos que gira?
—Y esa fuerza: ¿cuál es?

—Un misterio sujeta.....

la tiene y en los lindes del misterio conspira.

¿Qué tienes?

—Ah! padezco.....¡padezco tanto!

—Loco.....

Semidiós de opereta, que en tu filosofía presuntuosa y estéril, aun siendo tú tan poco, poco el universal ritmo te parecía.....

¿Quién eres tú? Fugaz modalidad del todo que dentro de ese todo inmutable resbala: das verso y armonía, como da hedor el lodo, como el sol vierte luz, como el sándalo exala aroma.

—¡Cállate, abuelo, y escúchalo! Es su acento el que viene en la ráfaga cálida y taciturna del viento.....

—Pobre hijo.....Ese rumor del viento que te habla en el enigma de la hora nocturna; esa voz que adivinas: ¡es la voz del instinto que te grita con sílabas inefables: ¡Procréa!

—No es instinto, es ensueño.

—Dátele un nombre distinto:

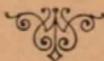
¿qué importa el nombre mientras una la esencia sea?

—Abuelo: no es instinto y si es ensueño: el alma siento, como una lámpara en mi sér encendida.

¡Ah, si tú comprendieses! Mi ensueño pide calma, una calma en que apenas se oiga latir la vida; una calma inaudita. Y la amada, y las manos unidas; y los labios silenciosos; y el fuego del ideal en los ojos, como entre los lejanos glaciares de una cumbre el crepúsculo.....

—¿Y luego?

DMITRI IVANOVITCH



Nada de lo que sucede en Panamá debe sernos extraño. Allí está *l'homme malade*, la Turquía y los Balkanes de Occidente.

L. F. OSORIO

Agosto de 1916.

A última hora

Regresan ya las tropas de voluntarios que salieron hacia Panamá. Llegan a San José desarmadas. Según parece, la aventura se reduce a una asombrosa trastada del Gobierno. Hasta ahora, no sabe el público qué se ha ganado; pero sí sabe algo de lo perdido: la salud o las vidas de unos cuantos compatriotas, algunos millones de colones (habida cuenta de los que se pueden sumar y de los que no se pueden sumar) y algunas cosas de mayor importancia.

Escribo esto de prisa—para no atrasar a los editores—e interrumpiendo una disputa con un amigo. Sostengo yo que, a pesar de todo, ha sido para mí un motivo de inmensa alegría el haber podido convencerme del feliz arrojito de la actual juventud; y él me replica que yo tomo por gallardía lo que en realidad es simple atolondramiento gregario.

E. J. R.

7 de marzo de 1921.